

La verdad *no* es impronunciable

Alejandro Sánchez Lopera¹

Lógicas de los Mundos. El Ser y el Acontecimiento 2

Alain Badiou

Buenos Aires: Ediciones Manantial - 2008

665 páginas

Publicado casi dos décadas después de su obra fundamental *El Ser y el Acontecimiento*, la traducción al español de *Lógicas de los Mundos* en el 2008 constituye otro momento de una formidable y exasperante apuesta de pensamiento, que intenta abordar una de las preguntas más inquietantes de nuestra época: ¿cómo es posible algo nuevo en el mundo? Nacido en Rabat (Marruecos) en 1937, Alain Badiou hace parte de una corriente de pensamiento afirmativo que acoge alegremente la paradoja y postula un pensamiento anti-humanista, que se pregunta por las circunstancias *excepcionales* de aparición del sujeto, y las condiciones bajo las cuales es posible que la verdad advenga en el mundo.

Dramaturgo, director del *Centro Internacional de Estudios de la Filosofía Francesa Contemporánea* en la Escuela Normal Superior, Badiou intenta establecer las condiciones de un pensamiento a la altura de la época, capaz de enlazar planos fundamentales (el amor, las matemáticas, la ciencia y el arte) sin hacer ninguna concesión con respecto al nihilismo actual o al cansancio vital contemporáneo. Sus grandes 'maestros': Lacan, Sartre y Althusser; Mallarmé, y Samuel Beckett. Su apuesta ética: la verdad es imprescindible. Su afirmación política: el forzamiento de lo real, y la defensa -hoy- del carácter eterno del comunismo, lo que le ha implicado una serie de animadversiones al interior de ciertos círculos académicos universitarios. Autor polémico, militante, de un rigor insaciable, se erige además como el rival filosófico de Gilles Deleuze.

Lógicas de los Mundos, conformado por 66 enunciados agrupados en siete 'libros', continúa su incansable polémica en contra de la prédica que anuncia el 'fin de la filosofía' o su destitución. Su intención radica en gran medida en

¹ Politólogo. Está terminando la Maestría en Problemas Sociales Contemporáneos del Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos IESCO de la Universidad Central (Bogotá). Investigador del Departamento de Humanidades de la Universidad El Bosque. Email: marroco4@yahoo.com

traspasar el artificio que divide la filosofía analítica de la continental, retomando la formalización matemática y el recurso filosófico del poema. Dado su estilo, violento, mordaz y a veces asfixiante, constituye también un reto a la filosofía universitaria, tan complaciente, venerable, académica. Como recuerda François Wahl, uno de sus compañeros de camino, a propósito de algunos textos preparatorios a *Lógicas*: “hay crisis hoy -y por lo tanto reto para la filosofía- porque se revela que la verdad tiene que ver con lo que el saber prohíbe: 'lo cualquiera, la parte inenunciable, el vínculo sin concepto'”.

Por un lado, Badiou lleva al infinito la disputa contra la fenomenología y la epistemología, postulando un sujeto sin sentido, insensato, y sin objeto. Por el otro, propone la necesidad de concebir la multiplicidad, escindida de cualquier aditamento, particularidad o predicado. Enfrentados a la pura diferencia, desvinculación o inconsistencia, el dilema que presenta *Lógicas* es “¿por qué y cómo hay mundos, en lugar del caos?” (p. 123). Verdades y mundos, cuerpos y sujetos, componen este laberinto abierto por esta provocación, impresionante aparato teórico para pensar nuestra actualidad, y dislocarla.

Por fuera de cualquier relativismo, Badiou postula la existencia de verdades, frente a la fascinación actual por la carne y las palabras (los cuerpos y el lenguaje). A contra corriente del anuncio de la época con respecto a un agotamiento de las verdades, o a su necesario lazo con el dogma, Badiou señalará en *Lógicas* que “no hay más que cuerpos y lenguajes, sino que hay verdades”. En esa dirección, y en contra de la textura vital de cierto posmodernismo, Badiou realiza así un ataque feroz contra lo que él denomina el *materialismo democrático*, “nuestra convicción contemporánea”, esgrimiendo un pensamiento ilegal, excesivo, inhumano, envuelto en una escritura que siempre oscila entre el horror y la ternura.

Ciertamente, no es el pronombre -el 'yo' o el 'nosotros' de las primeras personas- su marca, sino el 'excepto', el 'sino que', el 'salvo que' por el cual viene a hacer inciso, en el fraseado continuo de un mundo, el frágil centelleo de lo que no tiene lugar de ser (p. 63).

A contravía de cualquier pensamiento débil, de la complaciente prédica posmarxista (Laclau), y de la denuncia infinita de las formas dogmáticas de la verdad y su tentación universalista, la *dialéctica materialista* que propone Badiou afirma que “la universalidad de las verdades se sostiene en formas subjetivas que no pueden ser ni individuales ni comunitarias” (p. 25). Postula entonces una vida a distancia del Estado, y defiende un pensamiento inmortal, una filosofía que no renuncie a la eternidad -y siga siendo atea-, y que no dependa de la enunciación finita de los discursos. Su defensa de la filosofía, que también comparte Deleuze, afirma que las verdades son exteriores a esta, por

eso “la filosofía es ese lugar de pensamiento donde las verdades (no filosóficas) son capturadas como tales, y nos sobrecogen”.

Dado que para Badiou la categoría central de la filosofía es el vacío, “la filosofía es la operación de una categoría sustraída a la presentación”, interrumpiendo el régimen del sentido. Inundada por “la intensidad de un amor sin objeto, compone una estrategia persuasiva sin apuesta de poder”, y una apuesta sin finalidad: el vacío entonces -no la nada o la plenitud-, es el nombre propio del ser. Al contrario, en el momento en que la filosofía como tal se presenta como un procedimiento de verdad, se da el paso de las aporías del vacío de la Verdad al terror, al “desastre”. En efecto, como lo sostiene en *Condiciones*, una serie de conferencias previas a la publicación de *Lógicas*, “todo desastre tiene, en su raíz, una sustancialización de la Verdad, o sea el pasaje 'ilegal' de la Verdad como operación vacía a la verdad como llegada o advenimiento en presencia del vacío mismo”. Gran parte del esfuerzo del autor se afina así en polemizar contra los antidotos que tratan de curar la “enfermedad Platón”, cuya máxima es: “lo que inició Platón entró en la clausura de su efecto”. Para ello, a contracorriente de parte sustancial de la crítica contemporánea, intenta sustraer la filosofía “del destino y la declinación de la metafísica occidental”, evitando poblar el tribunal que condena la barbarie extrema del siglo XX como fin de la posibilidad del pensar, de la vida misma.

La potencia de la filosofía depende entonces de determinadas relaciones (“sutura”) con respecto a determinadas condiciones, prácticas extra-filosóficas, produciendo un pensamiento sin objeto, atado a la continua y provocadora alusión de Badiou al Universal, cuestión que no deja de ser motivo de incomodidad para lo menor, la micro-política, la singularidad. Amor, arte, ciencia y política constituyen dichas condiciones en exterioridad, frente a las cuales la filosofía constituye entonces “una *toma* de verdades”. Esas verdades, son insensatas en la medida en que se oponen a lo que prodiga el sentido como natural, como aquello digno de la situación existente, de lo dado (“el estado de una situación”).

Badiou comparte con Gilles Deleuze una crítica feroz contra el cliché del consenso, y en contra del sentido común (y los estados de opinión), al postular una defensa enérgica del pensamiento, asumiendo lo que de violencia conlleva este. Es decir, el pensamiento no conduce aquí a ninguna serenidad, no puede llevarnos a ninguna domesticación. Sabemos que los lazos entre la verdad y lo real no están signados por la tranquilidad, pues como dice Deleuze, “siempre se produce la violencia de un signo que nos obliga a buscar, que nos arrebató la paz. La verdad no se encuentra por afinidad, ni buena voluntad, sino que se manifiesta por signos involuntarios”. Su relación con Deleuze, tensa y llena de implícitos, alcanzó incluso a albergar la posibilidad de escritura de un libro

conjunto, según lo cuenta Badiou en el inicio de su polémico trabajo sobre su rival, *El Clamor del Ser* (Manantial, 1997).

Parte de su polémica con Deleuze, la condensa en *El Ser y el Acontecimiento* (1988), compuesto por 37 'meditaciones' en las que Badiou elaboró una ontología pura, fundamentada en la teoría de conjuntos y del infinito de Georg Cantor y su axiomatización por Zermelo-Fraenkel. Lejos de perseguir cualquier modalidad empírica u objetiva del ser, la ontología de Badiou exhibe una característica distintiva: es sustractiva. Esto significa que no es posible captar al ser a través de categorías como presencia, intuición, percepción o experiencia. La comprensión del ser no obedece tampoco a un proceso investigativo, o al rigor de alguna ciencia.

Obedece más bien a una 'Gran Lógica' que en su primer momento (*ontología matemática*) intentaba pensar la multiplicidad pura o indiferente, y ahora en Lógicas a través de la teoría de los haces (*fenomenología calculada*); indaga por los procedimientos a través de los cuales un mundo se hace consistente. Sus preguntas: cómo una multiplicidad se inscribe en un mundo, y cómo este último efectivamente aparece, existe.

El trabajo de *Lógicas*, que insiste en problematizar lo múltiple como múltiple, nos conduce a que “pensar lo múltiple 'mundano' según su aparecer, o su localización, es la tarea de la lógica, teoría general de los objetos y las relaciones” (p. 115). Por ello, el libro está compuesto de gran cantidad de ejemplos y cálculos, simbolismos y esquemas. La verdad, pese a su alcance genérico, no se deja disolver en ese nivel, pues “hay una irreductible insistencia en su aparecer, lo cual quiere decir que ella toma un lugar entre los objetos de un mundo” (p. 55). Aparte de su estatuto objetivo, a Badiou le interesan sobremanera las formas subjetivas de fidelidad a esa(s) verdad(es). No hay por qué temer a esa fidelidad, o a una posible enunciación dogmática en esta época del simulacro: por un lado, “el *Uno* no es”, pues es sólo un resultado. Por el otro, la verdad existe, pero no es homologable con lo real. En sus palabras, “la verdad no es ella misma lo real; es el proceso por el que el régimen de lo real es modificado. Es una activa transformación de lo real, un movimiento de lo real”.

Hay que recordar que a través de lo que denominó en *El Ser y el Acontecimiento* “el síntoma de Cantor-Gödel-Cohen-Easton”, lo que permite operar el vuelco subjetivo es el *impasse* ontológico del ser, al estar ligado a la arbitrariedad y el azar, a lo innombrable y a aquello que está fuera de lugar con respecto al orden. No hay un 'número' del ser pues éste no es cuantificable, numerable (siendo así ¿cómo se podrían entonces relacionar multiplicidades inconmensurables desde alguna medida o unidad?), lo que en últimas nos llevará a que “la cantidad, ese paradigma de la objetividad, conduzca a la subjetividad pura”. Ahora, en sus

palabras introductorias a *Lógicas* nos recuerda que subordina “la lógica del aparecer, de los objetos y de los mundos, a la afirmación transmundana de los sujetos fieles a una verdad” (p. 55).

De acuerdo con Badiou, existen cuatro procedimientos genéricos o de verdad en los que irrumpen movimientos que de forma inesperada, alteran la lógica de cualquier situación, y entorpecen el curso normal de las cosas: el amor, el arte, la ciencia y la política. La búsqueda de las excepciones a lo que hay (las verdades), será así mismo aquello que guía su indagación por el acontecimiento, entendiendo que este no es una esencia, un hecho, o un accidente. Es justamente, “el suceso, la ocurrencia, el suplemento puro, el incalculable y desconcertante añadido” o, con un eco de la Antigüedad: “sin límite, en todas direcciones”. Por eso, en su texto sobre el apóstol San Pablo nos dirá este autor marroquí que

La verdad sigue siendo del orden del acontecimiento, o de lo que adviene, entonces es singular. No es ni estructural, ni axiomática, ni legal. Ninguna generalidad disponible puede dar cuenta de ella, ni estructurar al sujeto que se reclama de ella. No podría, pues, haber una ley de la verdad.

Del mismo modo, a contravía del mandato de nuestra época, seducido con la intimidad y el narcisismo, y fascinado en hallar el sujeto en cualquier parte, Badiou sostiene que el sujeto es *excepcional*. Su aparición obedece a unas condiciones rigurosas; es además, a-sustancial e irreflexivo, “un punto [o fragmento] de verdad”. “¿Cómo es posible un sujeto?” será entonces la pregunta que guiará a Badiou y, específicamente en *Lógicas*, se formulará así: “¿por qué puede existir un cuerpo en ese mundo?” (P539).

In-humano al igual que muchos de sus contemporáneos franceses, Badiou entiende el sujeto como un “campo trascendental impersonal”, expuesto a lo impredecible del afuera. En síntesis, como afirma en las conferencias agrupadas bajo el nombre de *El Siglo*, si bien “el sujeto depende de un acontecimiento y sólo se constituye como capacidad de verdad”, este “no es conciencia, ni inconsciencia, de lo verdadero”. Finalmente, en *Lógicas* rebasará la unilateralidad previa de su teoría del sujeto (todo sujeto es sujeto de una verdad), presentando diversos tipos de sujetos relacionados de forma afirmativa, agonista o paradójica con las verdades: fieles, oscuros, reactivos y resurrectos, estos sujetos pueblan la topología que informa los mundos, conforman el espacio subjetivo donde la verdad tiene lugar. Es decir, se abre a la posibilidad de pensar “novedades reaccionarias”, pues no todo sujeto proclama una verdad que haga que el mundo sea otro.

Sin descanso, Badiou insistirá en combatir la subordinación que la filosofía y la política sufren actualmente ante la inflación Ética, y por criticar cualquier consideración condescendiente con el *otro*, y la inclusión ciega de las particularidades (pues *todo vale*). En esa vía, la política para este autor no es una expresión, ni una contradicción; es decir, no es una concentración de las contradicciones sociales. Es, por el contrario, una separación, una distancia. Antes que un lazo (social) o un pacto, es una escisión. A contravía entonces del frágil e inhumano *consenso democrático* de nuestros días, propone un estallido, una ruptura y no un vínculo. Asimismo en contra de un juego infinito de interpretaciones, desmontajes y de-construcciones, una de las máximas que sostiene con respecto a la verdad es entonces: “No sustraigas la última sustracción”.

Badiou sabe, tal como dice Deleuze, que “la ley no dice lo que está bien, sino que está bien lo que dice la ley”. Por eso, no claudica en perseguir el forzamiento de lo real, la interrupción de lo dado, por fuera de cualquier moral de la compasión o la lástima, de cualquier drama moral del individuo. Tal como lo afirma una de sus colegas de tiempo atrás, Natacha Michel: se trata de “alarmar al 'no' hasta que se convierta en 'sí'”. Afirmatividad pura, pensamiento radical, política no-parlamentaria: he ahí parte de la sustancia de este experimento de Badiou, que no cesa de sustraerse a lo dado, y de invitarnos a ello. O en sus palabras, de derrocar cualquier ley de maestría sobre el mundo.